

Es tiempo de hacer el bien

PERSPECTIVAS DE TRES PARÁBOLAS

El concepto de «hacer el bien» a menudo genera preguntas sobre su papel en la salvación: si lo que realmente importa es la fe o son las obras. Aunque las buenas obras no hacen ganar la salvación, las parábolas de Jesús nos ayudan a entender cómo fluyen naturalmente de una vida transformada por Su gracia. A través de las parábolas: *El árbol y su fruto* (Lucas 6:43-45), *Las ovejas y los cabritos* (Mateo 25:31-46) y *El buen samaritano* (Lucas 10:25-37), vemos que las buenas obras reflejan a Cristo viviendo en nosotros. Estas historias nos enseñan que la verdadera bondad proviene del amor, la humildad y un corazón enfocado en servir a los demás, especialmente cuando no es fácil. En última instancia, hacer el bien no se trata solo de seguir reglas; es una forma de vivir nuestra fe y hacer avanzar el reino de Dios.

El árbol y su fruto

¿Qué nos inspira a hacer el bien? Jesús explicó a Sus discípulos que «no es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. [...] Cada árbol se conoce por su fruto» (Lucas 6:43-44). Las buenas obras son el resultado automático de seguir a Cristo con plena conciencia de Su gracia y amor por nosotros. El fruto de un árbol indica que el árbol tiene vida; el fruto no le da vida al árbol, sino que es una consecuencia de que el árbol esté vivo. No hay fingimiento: o Cristo vive en ti y haces buenas obras, o no vive en ti y no haces buenas obras. Al pasar a la siguiente parábola de Mateo, hay que notar una conexión interesante: los que estaban a la derecha de Cristo no eran





conscientes de sus actos de bondad, y los de la izquierda no reconocían su falta de acción. Una vez más, hacer el bien es una indicación de la vida de Cristo en nosotros.

Las ovejas y los cabritos

Todos estamos familiarizados con la parábola de Jesús en la que el Hijo del Hombre separa las ovejas de los cabritos en Mateo 25, y cada grupo pregunta cuándo sirvieron o no sirvieron al Rey. Sus acciones se determinan por una prueba definitiva: ¿qué hicieron por los «más pequeños»?

¿Qué define la «pequeñez» de un alma? Creo que esto se refiere a la tendencia de la humanidad a clasificar y categorizar a las personas, en lugar de cómo Cristo ve el valor de cada alma. Él no categoriza a las personas de la misma manera que nosotros. A



Sus ojos, no hay «más pequeños»; cada alma tiene el mismo valor en Su perspectiva eterna, que desafía nuestras clasificaciones humanas y las circunstancias en las que las personas se encuentran aquí en la tierra. Cuando nos vemos unos a otros a la luz de Su perspectiva eterna, y Su vida vive en nosotros, entonces haremos el bien a todos. De esta manera, no solo estamos viviendo en el reino ahora, sino también participando en el avance de la llegada del reino eterno.

El buen samaritano

En Lucas 10:25-37, la parábola del buen samaritano nos enseña lecciones profundas sobre el autosacrificio, la humildad y lo que realmente significa amar a nuestro prójimo. Cuando un experto en la ley le pregunta a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?», Jesús responde con una narración que desafía las nociones convencionales de bondad y servicio, ilustrando un amor que va más allá de simples actos de caridad para abarcar un compromiso desinteresado con los demás y, nuevamente, amplía nuestra comprensión de a «quién» debemos servir.

El samaritano en la parábola de Jesús ejemplifica una forma radical de compasión: él no solo ayuda al hombre herido, sino que también invierte su tiempo, recursos y finanzas personales para asegurar el bienestar del hombre. Jesús nos llama a imitar una actitud similar: sacrificar nuestro tiempo y comodidad por los demás, incluso cuando sea costoso, inconveniente e invisible. Nuestras acciones,

especialmente en servicio a los demás, deben estar impulsadas por la humildad y un deseo genuino de reflejar el amor de Cristo, no por un deseo de reconocimiento.

Además, la parábola subraya la importancia de realizar buenas obras como una forma de profesar y demostrar fe.

Tales actos de servicio, realizados con sinceridad y abnegación, dan testimonio del poder transformador de Cristo en la vida de un creyente. Como cristianos, estamos llamados a ser «detenibles» para aquellos con quienes nos encontramos, lo que significa que debemos estar listos para ayudar y cuidar a quienes se crucen en nuestro camino.

Conclusión

En el Padre Nuestro, expresamos nuestra esperanza de que el reino venga, pero esta petición también implica nuestra participación activa. El apóstol Pedro enfatiza esta responsabilidad en 1 Pedro 2:9, donde describe a los creyentes como «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, [el] pueblo adquirido por Dios». En este llamado, tenemos la tarea de reflejar la voluntad de Dios trayendo Su bondad al mundo de manera activa. Como extensiones de Su reino, servimos como canales de Su propósito divino, ayudando así a hacer tangible la realidad del reino venidero para los demás. A través de nuestras acciones y testimonio, participamos en el cumplimiento de esta oración, encarnando el reino de Dios en la tierra.

A la luz de estas tres enseñanzas de Jesucristo, *¡siempre es tiempo de hacer el bien!* Vivimos según el mensaje del Evangelio las 24 horas del día, los 7 días de la semana, viendo a través de la perspectiva de Cristo, dejando que Su vida dé fruto a través de nuestras acciones y sirviendo a los demás con autosacrificio y compasión, especialmente cuando es más difícil hacerlo.



El camino del arrepentimiento

El arrepentimiento es un camino profundo y transformador que culmina en una nueva forma de vivir. Es un proceso tanto personal como comunitario que implica reconocer nuestras propias contribuciones al mal cometido y buscar la renovación espiritual. Exploraremos los elementos esenciales del arrepentimiento, basándonos en ejemplos bíblicos y perspectivas doctrinales para ilustrar cómo el arrepentimiento conduce a la salvación y a una vida comprometida con contribuir a la salvación de los demás.

Entendiendo el arrepentimiento

Conciencia: El arrepentimiento comienza con la conciencia: el reconocimiento de que todos somos copartícipes en la influencia del mal. Este concepto tiene sus raíces en la historia de Adán y Eva, cuyas decisiones introdujeron el pecado en el mundo. Esta conciencia es crucial porque nos obliga a enfrentar nuestro propio papel en la perpetuación de los fallos morales y el mal. La disciplina de la autorreflexión y la contemplación, guiada y fortalecida por el Espíritu Santo, nos permitirá tomar conciencia de nuestro pecado.

Penitencia (remordimiento/arrepentimiento): La penitencia es un barómetro dado por Dios que nos ayuda a evaluar nuestra condición espiritual. No es simplemente una respuesta



emocional, sino que es un indicador de que nos hemos desviado de la voluntad de Dios. La cuestión es si elegimos enterrar, ignorar o desviar estos sentimientos, o si los utilizamos como un llamado para volver a Dios. También debemos tener cuidado de no dejarnos abrumar por el remordimiento: «Porque la tristeza que es conforme a la voluntad de Dios produce un arrepentimiento que conduce a la salvación, sin dejar pesar; pero la tristeza del mundo produce muerte» (2 Corintios 7:8-11 NBLA). Cuando, abrumados por la culpa, comenzamos a odiarnos a nosotros mismos y nos apartamos de Dios, esa es la tristeza del mundo. La tristeza según Dios nos lleva a aborrecer nuestro pecado, y al hacerlo, volvemos a Dios sabiendo que Él nos ama y, en Su gracia y perdón, nos ayudará a comenzar de nuevo.

Regresar a Dios: La Biblia nos muestra que el proceso de arrepentimiento implica volver a Dios a través de la **confesión**, como se ejemplifica en las vidas de David y Jonás. La

penitencia de David se refleja en el Salmo 51, donde él reconoce su pecado y ruega por la misericordia de Dios: «Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Salmo 51:4). Aunque el pecado de David afectó a muchos a su alrededor, él se dio cuenta de que su primer pecado fue contra Dios al rebelarse contra la voluntad de Dios y pensar que él mismo sabía lo que era mejor para su vida. La historia de Jonás demuestra un regreso a Dios a través de su oración de confesión desde el vientre del pez: «Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, y mi oración llegó hasta ti» (Jonás 2:7). Estos ejemplos muestran que el arrepentimiento implica reconocer los pecados propios, sentir arrepentimiento por lo que hemos hecho y volver a Dios en oraciones de confesión para pedir Su perdón.

Conversión (resolución de cambiar): Un aspecto crucial del arrepentimiento es la conversión. Implica una transformación completa de la mentalidad, pasar de antiguos patrones de comportamiento a una nueva forma de vida. El mensaje del Apóstol Pablo en 1 Corintios 5:7, «Limpian la levadura vieja para que sean masa nueva», simboliza la necesidad de despojarnos de viejos comportamientos pecaminosos, a menudo llamados el «viejo Adán». David también se dio cuenta de la necesidad de un cambio radical, pidiéndole a Dios: «Crea en mí [...] un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmos 51:10). Él no podía quedarse como estaba. Tenemos el amor y la vida de Dios en nosotros a través del don del Espíritu Santo, que nos da el



poder para vencer y comenzar la difícil tarea de **restaurar y reparar relaciones**. Como último paso en el proceso de arrepentimiento, una vez que hemos confesado nuestro pecado a Dios, también debemos reconciliarnos con aquellos a quienes hemos lastimado o con aquellos que nos han lastimado. Reparar nuestras relaciones, y buscar y conceder el perdón, nos ayuda a transformarnos aún más a la imagen de Jesucristo.

Salvación y arrepentimiento

La salvación, tal como la ofrece Jesucristo, es fundamentalmente un don espiritual de Dios: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (ver Efesios 2:4-9). No es algo que podamos ganar, pero vivir de una manera digna de esta gracia requiere de un esfuerzo continuo (Filipenses 2:12). El arrepentimiento es un componente esencial de este esfuerzo. El llamado de Jesús, «Arrepentíos,



porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4:17), subraya la urgencia de nuestro trabajo espiritual.

La actividad salvífica de Dios tiene como objetivo hacer posible que la humanidad viva en comunión con Él y unos con otros, en la nueva creación. Aquellos que han renacido por agua y Espíritu están llamados a contribuir a este anhelado futuro matando al viejo Adán, creciendo a la imagen de Cristo (1 Corintios 15:45) y compartiendo el Evangelio en el reino de paz. Es de esta manera que podemos «esperar y apresurar» la liberación definitiva de la humanidad (2 Pedro 3:11-13).

Implicaciones prácticas

Al encarnar el arrepentimiento, mostramos que somos tanto parte del problema como parte de la solución. Esto se evidencia en todas las áreas de la vida, incluyendo el matrimonio, la familia, la comunidad y la sociedad. El arrepentimiento no solo se trata del cambio individual, sino también de la contribución colectiva a la salvación de los demás.

Una vez transformados, somos enviados a compartir nuestra experiencia de arrepentimiento y la gracia de Dios con los demás. David, después de su propio camino de arrepentimiento, promete enseñar a otros la voluntad de Dios y guiarlos a la conversión (Salmos 51:13-15). De manera similar, el encargo de Pedro después de su negación es fortalecer a sus hermanos:

«Pero yo he orado por ti, para que no falle tu fe. Y tú, cuando te hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos» (Lucas 22:32 NVI).

El proceso de arrepentimiento se facilita mediante la oración, la absolución y la Santa Cena. En la oración, nos dirigimos a Dios en busca de Su guía y perdón. Más allá de nuestras oraciones personales de confesión, cada semana pedimos comunitariamente a Dios: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores». La absolución nos asegura el perdón de Dios, afirmando que, a pesar de nuestra pecaminosidad, aún somos amados y aceptados. A través de la paz del Resucitado podemos comenzar de nuevo. La Santa Cena fortalece nuestra determinación de imitar la vida de Cristo y hacer los sacrificios que exige el arrepentimiento.

Conclusión

El arrepentimiento es un camino que implica reconocer nuestras contribuciones al mal, regresar a Dios y experimentar una conversión profunda. Requiere un cambio de comportamientos viejos a comportamientos nuevos, con el propósito de vivir una vida de gracia y contribuir a la salvación de los demás. A través del arrepentimiento, no solo nos transformamos a nosotros mismos, sino que también desempeñamos un papel crucial en la misión más amplia de la salvación, trabajando juntos para alcanzar la liberación definitiva de la humanidad.



Un informe sobre el 50° aniversario de la Iglesia Nueva Apostólica en Panamá

La historia de la Iglesia Nueva Apostólica en Panamá comenzó en el año 1974 con el establecimiento de su primera congregación. Durante los primeros años, muchos ministros desempeñaron un papel vital en la construcción de la base para el trabajo de la Iglesia en la región.

En 1992, Panamá se convirtió en la base de operaciones del Apóstol Yépez, cuyo liderazgo se extendió más allá de Panamá e incluyó muchos otros países durante los siguientes treinta años. Bajo su guía, la Iglesia en Panamá fue bendecida en abundancia, y el país se consolidó como una fuente significativa de apoyo para la misión de la Iglesia.

Hoy en día, el Obispo Rangel continúa brindando un liderazgo firme, cuidando y sirviendo a la familia de la Iglesia en toda la región. Su dedicación asegura el crecimiento y fortalecimiento continuo de nuestra comunidad de fe.

Para conmemorar el 50° aniversario de la obra de la Iglesia en Panamá, el Apóstol de Distrito Schnabel transmitió un mensaje significativo, basándose en Rut 1:16: «[...] porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios». Este pasaje destaca el corazón de la



misión de la Iglesia en Panamá: un deseo simple pero poderoso de seguir y servir. Esta actitud ha sido la clave para las abundantes bendiciones de Dios y continuará allanando el camino para el crecimiento y la expansión futuros.

Aunque las complejidades del plan de Dios no siempre se entienden por completo, los miembros depositan su confianza en Su voluntad perfecta. Incluso cuando Sus caminos parecen inesperados, hay confianza en que Su guía siempre es para lo mejor, y Su obra continuará desarrollándose en Su tiempo perfecto.

El 50º aniversario de la iglesia en Panamá marca no solo un hito en su historia, sino también un recordatorio de la fidelidad y confianza que han guiado su crecimiento. A medida que nuestra familia en Cristo mira hacia el futuro, se mantienen comprometidos a seguir la voluntad de Dios, confiados en que Sus bendiciones continuarán fluyendo.



Mirando hacia el futuro

FECHAS IMPORTANTES DEL 2025

Visita del Apóstol Mayor a Colombia	15-16 de febrero
Sínodo Nacional	22-23 de marzo
Conferencia de Nuevos Ministros	4-5 de octubre
Visita del Apóstol Mayor a Florida	15-16 de noviembre